



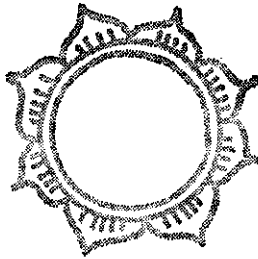
www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

ENSAYO SOBRE BOLÍVAR

por

JORGE SALVADOR LARA



Ecuador

TODA IBEROAMÉRICA proclama el “Año bicentenario del Libertador”, destinado a conmemorar los dos siglos del natalicio de Bolívar en Caracas, el 24 de julio de 1783. Se interpreta, de ese modo, un sentimiento unánime y se formula un llamamiento para que todos participemos en las celebraciones, no solamente para poner de relieve la permanente gratitud al más grande de los iberoamericanos, sino también para rememorar su vida y sus gestas, pero, sobre todo, para estudiar su pensamiento y ahondar en sus geniales y visionarias concepciones: ellas, hasta ahora, iluminan los senderos por donde transitan hombres de Estado y ciudadanos de América y aun del mundo todo.

Bolívar, sin perjuicio de su colosal acción como militar y guerrero, es particularmente un pensador civil, orientador de pueblos. Sus escritos son brújula permanente que debemos consultar para no perder el rumbo. Su intuición genial hizo de él, más que vencedor en las batallas de la guerra, triunfador en los esfuerzos de la paz. Paradojalmente, fue en éstos en los que creyó haber fracasado, al extremo de convencerse que había “arado en el mar” e irse a morir, pobre y errante, rumbo a la proscripción, en San Pedro Alejandrino. Sin embargo, sus criterios básicos perduran a pesar del tiempo transcurrido; y, a su amparo, se han librado las lides de mayor significación en la historia iberoamericana. Quedan todavía, como metas fundamentales, muchos de los objetivos que él señaló, los mismos que serán en los próximos decenios, nadie lo dude, la clave de nuevas ineludibles victorias.

La vida y las ideas de Bolívar son cantera inagotable para las construcciones del porvenir. Son fuente prístina a la que deben ir a beber nuestros estadistas, ruta de la que nadie debe apartarse, siembra que se debe cuidar animosa y tenazmente para las cosechas que necesariamente han de venir, tesoro a custodiarse con vigilancia y celo, pues querrá destruirlo esa pandilla fatal de malandrines y follones de diverso cuño y procedencia que todavía nos atenazan: materialismo, imperialismos, divisionismos, personalismos. Frente a ellos los hombres de Iberoamérica tenemos que abroquelarnos con el espíritu de Bolívar y considerar su pensamiento como el plan maestro de nuestra unidad, desarrollo y progreso, del papel rector que estamos llamados a ejercer en el porvenir, cuando agotadas las grandes potencias que aún nos succionan y envejecidas las raíces europeas de nuestra latinidad, sea el Nuevo Mundo el definitivo baluarte de la libertad, la justicia y el derecho.

Genio universalista, ¿qué parcela del actuar no cultivó Bolívar? El militar, el estratega, el guerrero, el irreductible ante la adversidad, el magnánimo en la victoria —que todo eso fue en grado eximio—, ceden el paso ante otros valores que refulgen en el Libertador: el escritor, el creador, el poeta, el periodista, el educador, el sociólogo, el pionero en muchos campos, el magistrado, el estadista, el legislador, el padre de pueblos, el precursor de la organización internacional, el innovador en las concepciones jurídicas, el “Libertador”, en síntesis. ¡Cuánto hay en Bolívar y en su pensamiento para aprender! ¡Qué bien hacen en América y el mundo entero en recordarle! ¡Cuán importante que nos fortalezcamos en torno a sus ideas, que le llamemos de nuevo, en horas como las actuales tan llenas de claudicaciones, resurgimiento de colonialismos nue-

vos e imperialismos contemporáneos, predominio de voraces intereses de las grandes potencias modernas!

Sí, Bolívar es inagotable: suyas son las lecciones de sobreponernos al pesimismo, no desalentarnos, resistir a los adversarios y contratiempos, perseverar, organizarnos, combatir sin descanso, llevar siempre ante los ojos, como ideal irrenunciable, los conceptos básicos que conforman la conciencia, el espíritu mismo de la gran patria iberoamericana, en cuyas entrañas él nació, por cuya presencia activa en la historia luchó, cuyas aspiraciones, virtualidades y potencialidad él encarnó mejor que nadie.

Los ecuatorianos estamos singularmente ligados a Bolívar: Montúfar y Rocafuerte fueron sus amigos y compañeros de mocedad en Europa; el nombre de Quito —unido a la tragedia del 2 de agosto— le galvanizó para la lucha por la libertad, según propia confesión; el Pichincha, tras la victoria de Sucre, su lugarteniente, miró su entrada triunfal; el Chimborazo le dio motivo para su mejor página poética —el “Delirio . . .”— y es el apropiado pedestal cósmico de su gloria; Guayaquil, el escenario para su encuentro cimero con San Martín; Cuenca le fue propicia para reflexiones trascendentales; Ibarra fue campo para una de sus más espectaculares victorias; Olmedo es su poeta por excelencia. ¿Manuelita?: ¡“La Libertadora del Libertador”!, son sus propias palabras. El Amazonas, patrimonio de la antigua Real Audiencia de Quito, le dio la ocasión para la concepción genial del *uti possidetis juris*. En Buijo permaneció durante su última campaña. Y los padres de familia de Quito y su obispo quisieron ser su Cirineo en la hora de su crucifixión moral. No podíamos, pues, faltar los ecuatorianos en la celebración del bicentenario de Bolívar.

Los pueblos le aclamaron “Libertador”; algunos le quisieron “rey”; él, Padre de la Democracia, confesó que

prefería el título de “simple ciudadano”. Y cuando le pidieron que se definiera a sí mismo, humildemente escogió para identificarse el castizo vocablo de “majadero”, consolándose con la idea de seguir la ruta señalada por otros dos a los que podía aplicarse igual calificativo: Don Quijote, “el Caballero de la Triste Figura”, y Nuestro Señor Jesucristo, el Dios encarnado, *ecce homo*.

BOLÍVAR Y LOS PRÓCERES DE QUITO

LA REVOLUCIÓN de Quito de 1809 y 1810 tuvo influencia en el pensamiento y la acción de Simón Bolívar hasta el punto de determinarle a cumplir su antiguo juramento del Monte Sacro en Roma y dedicarse a la causa de la independencia, primero; a proclamar, después, como inevitable necesidad la “guerra a muerte”; en fin, a proyectar, ya como jefe indiscutido de la independencia gran-colombina, la liberación de Quito.

La noticia de los acontecimientos del 10 de agosto de 1809 se expandió por toda América como un reguero de pólvora. En Caracas tuvieron repercusión tan grande que Emparán, capitán general de Venezuela, prohibió con pena de muerte la circulación de impresos provenientes de Quito, lo cual originó el rechazo de los patriotas caraqueños y que éstos activaran su propia revolución.

Al producirse el triunfo del movimiento contrarrevolucionario de Quito, el Consejo de Regencia —que reemplazó en España como autoridad a los reyes, prisioneros de Napoleón en Bayona—, designó comisionados regios para pacificar Nueva Granada y a Quito, a don Antonio de Villavicencio y don Carlos Montúfar, ambos quiteños. Los dos desembarcaron en La Guayra el 17 de abril. El 18, a mediodía, como lo recuerda don Andrés Bello, arribaron a Caracas. ¿Quiénes estuvieron a recibirles? Ca-

racciolo Parra Pérez, en su *Historia de la primera República de Venezuela*, citando el testimonio contemporáneo de José Domingo Díaz, informa que “los Montilla, Bolívar, Sojos y otros jóvenes se apresuraron a rodear y agasajar a los recién llegados”. Al día siguiente, 19 de abril de 1819, se produjo el movimiento revolucionario de Caracas que derrocó al capitán general Emparán. Bolívar y Montúfar se habían conocido en España, pero habían entrabado amistad en París, sobre todo cuando el futuro Libertador comenzó a concurrir a casa de Humboldt, con quien el hijo del marqués de Selva Alegre había llegado a Europa. Curiosamente el sabio germano no aquilató, por entonces, el temple de Bolívar, al contrario de Bonpland que, sagazmente, descubrió en él, precisamente, al líder que necesitaba Iberoamérica.

Cuando producida la masacre del 2 de agosto de 1810 se realizaron mítines de protesta y solemnes funerales en Caracas, Bolívar se encontraba en Londres, con Andrés Bello y López Méndez, cumpliendo una comisión de la Junta Revolucionaria de Caracas, pero al volver debió conocer, sin duda, minuciosamente, los hechos de Quito y su repercusión continental. Que ellos le impresionaron fuertemente es evidencia histórica, documentalmente probada, como lo veremos luego. Mientras tanto, la lucha no le da tiempo: su jefe, el generalísimo Miranda se ve obligado a capitular; él mismo pierde Puerto Cabello confiado a su cuidado. Luego se ve obligado a buscar la seguridad en el exilio. La derrota patriota es total y la represión, brutal y sanguinaria.

No otra cosa pasaba en el todo el continente. Salvo la Junta de Buenos Aires, todas las demás fueron reprimidas a sangre y fuego. La pasión de la lucha llevó a excesos terribles, no siempre vistos en la historia de las contiendas políticas. Fueron violadas todas las normas de

humanidad y quebrantados todos los derechos. En Venezuela los excesos llegaron a originar espeluznantes escenas. De parte y parte fue subiendo la marea del rencor a tal punto que en la “campana admirable” del general Bolívar, iniciada en Granada, en 1813, para librar a su patria del terror impuesto por el general Monteverde, jefe de las fuerzas españolas, aquellos horrores fueron legalizados. Y las barbaridades de jefes realistas como el propio Monteverde, Antoñanzas, Boves, Zuázola, Cervériz, ponderadas como dignas de premio.

Bolívar entró en Mérida el 23 de mayo de 1813, pero fueron tantas y tales las noticias que recibió allí sobre los actos de tropelía y saña de las fuerzas españolas, que ni siquiera el sinigual título de “Libertador” con que allí le honraron bastó para atemperar su fuego interior. El 8 de junio lanzó la primera de sus dolorosas proclamas anunciadoras de la “guerra a muerte”, en las que la mencionada matanza del 2 de agosto en Quito, se repite como un *leit motiv*: “. . . nuestros enemigos —dice— han violado el sagrado derecho de gentes y de las naciones en Quito, La Paz, México, Caracas y recientemente en Popayán . . .” “Ellos sacrificaron en sus mazmorras —añade— a nuestros virtuosos hermanos en las ciudades de Quito y La Paz . . .”

El 13 de junio de 1813 dictó Bolívar, en Trujillo, el terrible decreto de “guerra a muerte”. Luego de justificar la presencia de su ejército y sus objetivos libertarios y republicanos, expone las violaciones permanentes al Derecho de gentes, a los tratados y capitulaciones. “La justicia exige la vindicta y la necesidad nos obliga a tomarla”, exclama. En el decreto mismo menciona, entre otras causas, la matanza de los patriotas en Quito, el 2 de agosto de 1810. Desde Valencia, el 20 de septiembre, en un “Manifiesto”, explicó Bolívar otra vez las razones del terrible

decreto. Y el 24 de febrero de 1814, desde su cuartel general en San Mateo, expide su nuevo “Manifiesto a las naciones del mundo”, sobre el encruelecimiento de la guerra. Y es allí, en aquel documento, donde Bolívar deja constancia, con mayor detenimiento, de lo que para él significó la masacre del 2 de agosto:

En los muros sangrientos de Quito —dice— fue donde la España, la primera, despedazó los derechos de los naturales y de las naciones. Desde aquel momento del año 1810 en que corrió la sangre de los Quiroga, Salinas, etc. (unos entre tantos de los más respetables americanos, degollados por los españoles en Quito) nos amaron con la espada de las represalias...

Pese a la fuerza de las pasiones de la época, el propio Bolívar trató de atenuar posteriormente las consecuencias de aquel decreto terrible. En 1816 propuso derogar la lucha sin cuartel y cesar el desangre. Como toda guerra civil, aquella, entre hermanos de fe, cultura e idioma, tuvo extremos cuya memoria hoy espeluzna. Hasta que la propia sangría fratricida obligó a la suscripción, el 20 de noviembre de 1820, del “Tratado de regularización de la guerra”, negociado por el general Antonio José de Sucre, entonces ministro de Guerra en el gabinete de Bolívar. Curiosamente en Quito —cuya tragedia del 2 de agosto inflamó a la América y al propio Bolívar—, el 25 de mayo de 1822 el mismo Sucre, luego de su triunfo en Pichincha, al aceptar en caballerosos términos la capitulación del general Aymerich, demostró que aquel tratado que él suscribiera en 1820, base del moderno Derecho Internacional Humanitario, podía ser cumplido y que en vez de la venganza y el odio podían levantarse pendones de perdón y paz.

He ahí como Quito, si fue cuna de la emancipación

y galvanizó con sus gestas el empeño libertario de Bolívar, fue también precursora del reencuentro entre España y América, clave de la futura Comunidad Iberoamericana de Naciones.

BOLÍVAR Y EL CHIMBORAZO

¿QUÉ DIO BOLÍVAR al Ecuador? Le dio la libertad, le señaló el rumbo de la democracia, la unidad, la justicia. Y el Ecuador, ¿qué dio a Bolívar? Le dio mucho amor, gratitud sin paralelo, lealtad. Y le dio también la pasión de Manuelita “la bella”, “la Libertadora del Libertador”. Le dio el poeta para cantar la epopeya de la libertad, Olmedo. Y le dio “el pedestal de su gloria”, el soberbio Chimborazo, al que Bolívar ascendiera en parte el 5 de julio de 1822; donde tuvo su “delirio”, mejor diría su “éxtasis”, la mejor de sus páginas poéticas, porque está animada por fuego interior, espíritu de verdad, visión profética. Enorgulleceos, riobambeños; enorgullezcámonos, ecuatorianos, de ese maravilloso poema en prosa de Bolívar. Leámoslo todo con especial unción:

Yo venía envuelto con el manto del iris, desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al dios de las aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas, y quise subir al atalaya del universo. Busqué las huellas de La Condamine y Humboldt: seguías audaz, nada me detuvo: llegué a la región glacial; el éter sofocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que puso las manos de la eternidad sobre las sienas excelsas del dominador de Los Andes. Yo me dije: este manto de iris que me ha servido de estandarte ha recorrido en mis manos regiones infernales, surcado los ríos y los mares y subido sobre los hombros de Los Andes: la tierra se ha allanado a los pies de Colombia, y el tiempo no ha podido detener la marcha de la libertad. Belona ha sido humillada por el resplandor del iris, ¿y no podré trepar sobre los cabellos canosos del gigante de la tierra? Sí

podré: y arrebatado por la violencia de un espíritu desconocido para mí que me poseía dejé atrás las huellas de Humboldt empañando los cristales eternos que circuyen el Chimborazo. Llego como impulsado por el genio que me animaba, y desfallezco al tocar con mi cabeza la copa del firmamento; tenía a mis pies los umbrales del abismo.

Un delirio febril embarga mi mente: me siento como encendido por un fuego extraño y superior. Era el Dios de Colombia que me poseía.

De repente se me presenta el Tiempo, bajo el semblante venerable de un viejo cargado con los despojos de las edades: ceñudo, inclinado, calvo, rizada la tez, una hoz en la mano . . .

Yo soy el padre de los siglos: soy el arcano de la fama y del secreto: mi madre fue la eternidad: los límites de mi imperio los señala el infinito: no hay sepulcro para mí, porque soy más poderoso que la muerte: miro lo pasado, miro lo futuro, y por mi mano pasa lo presente. ¿Por qué te envanece, niño o viejo, hombre o héroe? ¿Creéis que es algo vuestro universo?, ¿que levantaros sobre un átomo de la creación, es elevaros? ¿Pensáis que los instantes que llamáis siglos pueden servir de medida a mis arcanos? ¿Imagináis que habéis visto la santa verdad? ¿Suponéis locamente que vuestras acciones tienen al punto a la presencia de lo infinito que es mi hermano?

Sobrecogido de un terror sagrado, ¿cómo ¡oh tiempo! respondí, no ha de desvanecerse el mísero mortal que ha subido tan alto? He pasado a todos los hombres en fortuna porque me he elevado sobre la cabeza de todos. Yo domino la tierra con mis plantas: llego al Eterno con mis manos: siento las regiones infernales bullir bajo mis pasos: estoy mirando junto a mí rutilantes astros, los soles infinitos; mido sin embargo el espacio que encierra la materia: y en tu rostro leo la historia de lo pasado y los pensamientos del destino. Observa, me dijo: aprende, conserva en tu mente lo que has visto, dibuja a los ojos de tus semejantes el cuadro del universo físico, del universo moral; no escondas los secretos que el Cielo te ha revelado: di la verdad a los hombres . . . La fantasma desapareció.

Absorto, yerto, por decirlo así, quedé exánime largo tiempo, tendido sobre aquel inmenso diamante que me servía de

lecho. En fin, la tremenda voz de Colombia me grita: resucito, me incorporo, abro con mis propias manos los pesados párpados: vuelvo a ser hombre y escribo mi delirio.

SIMÓN BOLÍVAR.

[Loja, octubre 13 de 1822]

ECUADOR, PRÓCER DE LA LEALTAD A BOLÍVAR

HACE CIENTO cincuenta años los padres de familia de Quito y el obispo de la ciudad escribieron sendas cartas a Bolívar, llamándole a vivir entre nosotros, mientras en el resto de la Gran Colombia le estigmatizaban con denigrantes epítetos que pusieron acíbar en el ánimo del Libertador, cada día más enfermo física y moralmente. Habíanse para entonces divulgado los sacrílegos versos que circularon en Bogotá cuando se intentó asesinar al Libertador en la aciaga noche septembrina: "Si a «Bolívar» la letra con que empieza/ y aquella con que acaba le quitamos/ «oliva» de la paz símbolo hallamos./ Esto quiere decir que la cabeza/ al tirano y los pies cortar debemos/ si gloria y libertades pretendemos."

Fracasado el Congreso Admirable ante el que Bolívar resignó sus poderes; prohibido el Libertador de entrar en Venezuela, su propia tierra; cubierto todo el territorio, menos el Ecuador, de letreros garrapateados en los muros y de hojas volantes que abominaban del Padre de Cinco Patrias, las cartas de Quito fueron para él un consuelo. Quito había preferido atenuar sus viejos y reconocidos afanes autonomistas, llevado de su amor a Bolívar, y le llamaba a su seno. Quito amaba a Bolívar, Quito no se manchó con el corrosivo ácido de la ingratitud.

Ese gesto constituye, de por sí, un hecho memorable, tanto que, un siglo más tarde, el Presidente de Venezuela, general Eleazar López Contreras, en documento sig-

nificativo, cuya copia en pergamino orla el Museo de la Sociedad Bolivariana del Ecuador, reconoció para nuestra patria el “procerato de lealtad a Bolívar”. La misma Sociedad, hace pocos años, luego de escuchar una intervención del autor de estas líneas referente a esas cartas, resolvió, por pedido del doctor Jorge Villagómez Yépez, colocar el texto de la que dirigieron a Bolívar los padres de familia de Quito, inscrito en bronce en uno de los muros del municipio, a la entrada suroriental del patio interior del nuevo edificio del ayuntamiento, sólo que olvidaron grabar las firmas de los patriotas que suscribieron esa trascendental epístola, fechada precisamente el 27 de marzo de 1830. Ojalá el municipio complete ese testimonio hoy trunco, cuyo texto completo dice:

Excmo. Señor Libertador Presidente: Los padres de familia del Ecuador han visto con asombro que algunos escritores exaltados de Venezuela se han avanzado a pedir a V.E. no pueda volver al país donde vio la luz primera; y es por esta razón que nos dirigimos a V.E., suplicándole se sirva elegir para su residencia esta tierra que adora a V.E. y admira sus virtudes. Venga V.E. a vivir en nuestros corazones, y a recibir los homenajes de gratitud y respeto que se deben al genio de la América, al Libertador de un mundo. Venga V.E. a enjugar las lágrimas de los sensibles hijos del Ecuador y a suspirar con ellos los males de la Patria. Venga V.E., en fin, a tomar asiento en la cima del soberbio Chimborazo, a donde no alcanzan los tiros de la maledicencia, y a donde ningún mortal, sino Bolívar, puede reposar con su gloria inefable. Quito, a 27 de marzo de 1830. Juan J. Flores, José M. Sácnz, Vicente Aguirre, Fidel Quijano, Pablo Merino, Dr. Pedro José de Arteta, el general A. Farfán, Manuel M. de Salazar, Juan Antonio Terán, el Crnel. Nicolás Bascónez, Manuel Larrea, el coronel Francisco Montúfar, Miguel Carrión, M. G. de Valdivieso, Eugenio Paymaral, Secretario Ramón Miño, Luis Antonio Brizon, Tomán de Velazco, el primer Comandante José M. Guerrero, el segundo Comandante Antonio de Moreno, Mauricio José de Echanique, Juan Maldonado, Ma-

nuel del Corral, Juan de León Aguirre, Rafael Morales, Pedro Montúfar, R. Aguirre, José Salvador de Valdivieso, José Miguel González, Antonio Baquero, Rafael Serrano, Antonio Aguirre, el capitán José C. Guerrero, el capitán Darive Morales, el Comandante Manuel Barrea.

Y la carta suscrita por el obispo de Quito, el patriota y apostólico prelado monseñor Rafael Lasso de la Vega, expresa lo siguiente:

Excmo. Señor: Oigo que estos buenos habitantes claman por V.E. y que constantes en el amor que le han profesado, le ofrecen sus corazones; terreno a la verdad más grato que cuanto el material de su famoso Chimborazo puede indicar de gratitud a beneficios de un padre, que tantas pruebas ha dado, de que no porque se separa en lo corporal deja de serlo en el espíritu y que les ha vivificado en tan repetidas ocasiones de sus pasados padecimientos. Repetiré, pues, con la sinceridad de mi afecto: venga V.E. a vivir entre nosotros, seguro de que recibirá siempre los homenajes de gratitud y respeto que otros olvidados ofenden o no corresponden. Esta es mi voz: es la del clero en cuanto comprendo. Dios guarde a V.E., muchos años, Excmo. Sr. Rafael, Obispo de Quito.

Felipe Larrazábal, el primer documentado biógrafo de Bolívar, reprodujo en el siglo pasado, con admiración, estas extraordinarias cartas. ¡Llor a Quito y gloria al Ecuador por este procerato de lealtad a Bolívar, entonces combatido a muerte y hoy unánimemente reconocido como el más grande de los hijos de Iberoamérica!

LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DEL LIBERTADOR

REFUGIADO en la quinta de San Pedro Alejandrino, cerca de Santa Marta, gracias a la hidalga hospitalidad del caballero español don Joaquín Mier, y atendido por el abnegado médico francés doctor Alejandro Próspero Reve-

rend, Bolívar pasó sus últimos dolorosos días a orillas de su amado Mar Caribe, testigo de tantas de sus vigilias. Llegó a Santa Marta el 1º de diciembre de 1830, pasó a la mencionada quinta el día 6 y falleció el 17, a la una de la tarde. De inmediato el general Mariano Montilla, por entonces comandante general del Magdalena, comunicó a Bogotá la infausta nueva. El miércoles 12 de enero de 1831, la *Gaceta de Colombia* publicó un número extraordinario, enmarcado en listones negros, tanto se demoraba entonces el correo. Allí se publica la triste noticia; la última proclama del Libertador, en la que perdona a sus enemigos y formula votos por la unidad de Colombia, escrita enseguida de su entrevista con el obispo de Santa Marta, monseñor Estévez, el 10 de diciembre de 1830; el “Testamento” de Bolívar, que comienza con la invocación a la “Beatísima y Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero”, que no en vano el Libertador se llamaba Simón Antonio José de la Santísima Trinidad. Reproduce, en fin, aquel número extrarordinario de la *Gaceta*, la proclama del general Rafael Urdaneta, encargado del Poder Ejecutivo de Colombia, el Decreto de honras fúnebres, y un editorial de profético elogio para el grande y calumniado héroe que acababa de morir en extrema pobreza.

En la edición del domingo 16 de enero de 1831, comienza a publicarse en el mismo órgano el “Diario sobre la enfermedad que padece el Libertador, sus progresos o disminución y método curativo, seguido por el médico de cabecera doctor Alejandro Próspero Reverend”. El conmovedor documento se termina de publicar en el número siguiente. Son en total treinta y tres boletines: el primero está fechado el día inicial de diciembre, a las ocho de la noche, y el último, el 17, a la una de la tarde. Se ve, en ellos, el combate final de aquella naturaleza bravía, ago-

biada ya por males físicos y desengaños morales. Debilidad, postración, fiebre, desvaríos, tos, palidez, desgano, dolores del pecho, desvelo, hipo, modorra, expectoración anormal, quejidos, arcadas, sopor, pulso febril, estertores, balbuceos, ronquera, tales son los síntomas que, aislados o en conjunto, va presentando Bolívar. “Habiendo estado por la tarde más despejado —dice el doctor Reverend el 10 de diciembre—, S.E. hizo sus disposiciones espirituales y temporales con la mayor serenidad . . .” Poco a poco la situación se va agravando. “Es la lucha extrema de la vida con la muerte”, afirma el médico francés el día 16. Y el 17: “. . . Respiración anhelosa, pulso apenas visible, cara hipocrática . . . A las doce empezó el ronquido, y a la una en punto expiró el Exmo. Sr. Libertador, después de una agonía larga pero tranquila . . .”

Ese mismo día, a las 4 de la tarde, se procedió a la autopsia del cadáver, en una de las salas de la misma quinta. La tuberculosis había consumido su vida, fulgurante como una antorcha. Tenía apenas 47 años. Trasladado enseguida a Santa Marta, fue embalsamado durante la noche. Correspondió al mismo médico doctor Reverend ejecutar aquellas tareas, en las que puso toda su ciencia, su devoción a Bolívar y sus sentimientos humanitarios. Al tiempo de amortajar el cadáver, he aquí que el Libertador de Cinco Naciones, el demiurgo del Nuevo Continente, aquel que nació en dorada cuna, dueño de riquezas sin cuento, ni siquiera tenía una camisa para cubrir sus despojos.

En otro relato, escrito años después por el propio doctor Reverend bajo el título “Simón Bolívar en el lecho del dolor”, el ilustre médico, que ofició en forma abnegada sin cobrar un solo centavo y negándose a recibir recompensa alguna, rememora no pocas de las famosas frases últimas del Libertador, inclusive alguna de su delirio.

“—¡Usted hiede a diablos!”, le dice al general Sardá, empedernido fumador. “—¿Qué vino a buscar en estas tierras?”, le pregunta al doctor Reverend. “—¡La libertad!” “—¿Y usted . . . la ha encontrado?” “—Sí, mi general.” “—¡Usted es más afortunado que yo, pues todavía no la he encontrado!” Más tarde se pregunta el propio Libertador, cuando el obispo de Santa Marta le entrevista en privado y le sugiere hacer testamento, arreglar su conciencia y confesarse: “¿Cómo saldré de este laberinto?” La respuesta es la proclama de perdón a sus enemigos, en la que pide la unión de Colombia.

A la noche confiesa y comulga. Dice el doctor Reverend: “. . . por la noche de este mismo día se le administraron los Sacramentos. Por más tiempo que viva nunca se me olvidará lo solemne y patético de lo que presencié. El cura de la aldea de Mamatoco, cercana a San Pedro, acompañado de sus acólitos y de unos pobres indígenas, vino de noche, a pie, llevando el viático a Simón Bolívar. ¡Qué contraste! Un humilde sacerdote y de casta ínfima a quien realzaba sólo su carácter de ministro de Dios, sin séquito y aparatos pomposos propios a las ceremonias de la Iglesia, llegarse con los consuelos de la religión al primer hombre de Sur América, al ilustre Libertador y fundador de Colombia! ¡Qué lección para confundir las vanidades del mundo!”

Recuerda también el doctor Reverend algunas frases de Bolívar en su delirio febril. He aquí la última: “¡Vámonos! ¡Vámonos! Esta gente no nos quiere en esta tierra . . . ¡Vámonos, muchachos! Lleven mi equipaje a bordo de la fragata . . .”

SEGÚN LA *Relación histórica de los últimos honores hechos al Libertador en Santa Marta*, tres cañonazos anunciaron su muerte, aquel día 17 de diciembre de 1830, en aquel puerto colombiano, y cada media hora uno más hasta que fue enterrado el día 20. Se veló el cadáver en el salón principal del edificio de la aduana, visitado desde el comienzo por una gran muchedumbre llorosa, de toda condición social. El día del entierro, los honores militares le fueron hechos por el Batallón "Pichincha", de guarnición en Santa Marta, que desfiló "con banderas arrolladas y armas a la funerala", al son de lúgubres marchas tocadas por la banda militar, el doblar de todas las campanas y la salmodia de los responsos religiosos. Oficiada la ceremonia fúnebre en la catedral, el cadáver fue trasladado a una cripta del templo, mientras resonaban las descargas de la fusilería.

El doctor Reverend, que había atendido a Bolívar como médico de cabecera en su postrera enfermedad, recuerda en uno de sus relatos sobre el deceso del Libertador, que correspondió al humilde cura de Mamatoco el honor de administrar los últimos sacramentos de la religión católica al Padre de Cinco Naciones. Monseñor Estévez de Toral visitó a Bolívar y le planteó que, dada su gravedad, se preparase a bien morir, como cristiano que era, que hiciese su testamento y se confesase. Al salir el obispo, dispuso que se llamase al cura de Mamatoco —el más cercano a la quinta de San Pedro Alejandrino— para que trajese el Santo Viático. Con éste se confesó Bolívar y de él recibió la santa comunión postrera. No vaciló en perdonar a sus enemigos, encomendarse a la Santísima Trinidad —cuyo nombre llevaba: Simón Antonio José de

la Santísima Trinidad—, e invocar públicamente a Dios en sus últimos días, inclusive en sus cartas postrimeras.

En la *Gaceta de Colombia*, N° 500, del domingo 23 de enero de 1831 constan la Exposición del Consejo de Ministros de Colombia con motivo de la muerte de Bolívar, y los mensajes que, con la infausta nueva, dirige el general Rafael Urdaneta a los generales Flores, en Quito, y Páez, en Caracas.

La noticia de la muerte del Libertador tardó en llegar al Ecuador. En Guayaquil se conoció por la goleta *Guayaquileña*, que regresaba de Panamá, la que trajo ejemplares de la *Gaceta de Colombia*. En seguida el coronel Juan Ignacio Lecumberri, jefe de la guarnición, dirigió una proclama y ordenó publicar un número extraordinario de *El Colombiano*, aparecido con marco negro, el 13 de febrero de 1831. Se reprodujeron, en esta hoja editada en la imprenta J. F. Puga —hoy rareza bibliográfica— el parte oficial del general Montilla, comandante de Santa Marta, y la última proclama de Bolívar.

A Quito llegaron, asimismo, los impresos bogotanos con la triste noticia, desde el norte, por tierra, el 16 de febrero. De inmediato el general Juan José Flores dictó un decreto disponiendo riguroso duelo nacional y honras fúnebres en todas las iglesias. El artículo 5° decía: “Se celebrarán perpetuamente en las iglesias catedrales un aniversario del día 17 de diciembre, en que se renovará el duelo de la patria.” El decreto se imprimió en hoja suelta, la que de inmediato fue remitida a todas las ciudades del Ecuador. En Guayaquil se la recibió el 28 de febrero y el decreto fue promulgado por bando. Sus considerandos exaltaban a Bolívar y daban fe de que al ofrendarle tributo se quiere “añadir esta prueba a los testimonios que siempre le rindió el Sur del amor, respeto y veneración,

que le merecían su genio prodigioso y sus esclarecidas virtudes”.

El 17 de febrero de 1831, el prefecto departamental de Quito, doctor José Salvador, se dirigió al obispo de la diócesis transcribiéndole el Decreto del general Flores y pidiéndole disponer honras en la catedral. El obispo le transcribe a su vez al cabildo catedralicio el 18, éste se reúne el 22 y por unanimidad acuerda celebrar solemnes honras fúnebres por el Libertador. Otro oficio del señor obispo, suscrito por el doctor Pablo Merino, de 21 de febrero, nos permite conocer la respuesta del señor obispo Lasso de la Vega, de 1º de marzo, señalando el día sábado 12 de ese mismo mes para la solemne ceremonia. Otro, suscrito por el doctor Félix de San Miguel, trata del mismo asunto. Y el doctor Salvador, con fecha 4 de marzo, agradece la información sobre la fecha de la ceremonia.

En Riobamba, el general Luis Urdaneta, que se había alzado contra Flores para apoyar la revolución de su pariente el general Rafael Urdaneta en Bogotá, a nombre de Bolívar, había celebrado poco antes el Convenio de la Ciénega (llamado así por haberse suscrito en la hacienda de este nombre), para deponer las armas. Al saber la muerte del Libertador dirige también una sentida proclama a sus tropas, el 18 de febrero, acompañada de una reproducción de la última proclama de Bolívar. El secretario de la comandancia del ejército de Urdaneta, con fecha 19 del mismo mes, escribe a Quito pidiendo garantías para cumplir el Tratado de la Ciénega y evacuar al sur. En fin, el mismo general Urdaneta escribe al obispo de Quito, el 23 del mismo mes, con variadas reflexiones motivadas por la muerte del Libertador.

La *Gaceta de Gobierno*, periódico oficial editado en Quito, en su N° 13, del jueves 3 de marzo de 1831, publica el Decreto del general Flores sobre honras fúnebres

a Bolívar y reproduce el testamento del Libertador, añadiendo un editorial en donde se reflexiona sobre la situación del Ecuador al momento de conocerse la muerte de Su Excelencia.

En Guayaquil, *El Colombiano*, N^o 83, del jueves 10 de marzo de 1831, refiere las “honras funerales del Libertador”, celebradas el día 5 en la iglesia matriz del puerto. Ese día, después, en la Casa de Gobierno, el Vicepresidente del Estado del Ecuador, doctor José Joaquín de Olmedo, amigo y cantor de Bolívar, pronuncia sentida alocución. Y en Cuenca, ese mismo mes de marzo, en fecha que no he podido precisar, se celebran solemnes exequias en homenaje a Bolívar, en las cuales el padre fray Vicente Solano pronuncia su famosa “Oración fúnebre”.

De este modo, en todo el Ecuador, que le había sido fiel hasta el último momento de su vida, se honró al Libertador con apasionado fervor apenas se tuvo noticia de su prematuro fallecimiento.

¡AÚN HAY COLONIAS EN AMÉRICA!

EN TODA IBEROAMÉRICA, brillantes los actos conmemorativos del bicentenario de Bolívar: los religiosos, los militares, los deportivos. Pero han sobresalido, por su trascendencia, los culturales, que han congregado, en varios lugares, altos exponentes del pensamiento y del arte del continente. Presidentes de América y ministros de Estado han dirigido sendos mensajes: historiadores y ensayistas, jefes militares y prelados, periodistas y cultores de diversas parcelas del espíritu han querido exaltar la gran gesta de la Independencia, en la que resplandeció el genio de Bolívar y se afirmó la libertad de América.

Los hechos se desgranaron a partir del 24 de mayo de 1822: arribo del Libertador al santuario solar de los Qui-

tus, la última capital imperial de los incas; entrevista de Bolívar y San Martín en Guayaquil; definitiva independencia del Perú, mediante las batallas de Junín y Ayacucho; Congreso Anfictiónico de Panamá. La magna lucha por la libertad americana había terminado al parecer. Sólo quedaban por independizarse, en el Caribe, Cuba y Puerto Rico —; como ahora!— y, al otro lado del Pacífico, las Filipinas, en cuya libertad soñaban Bolívar y Sucre.

Muchas lecciones sacaremos en estos días de regocijo y celebración, por ejemplo, el espíritu heroico y sacrificado de la vida; y la fraternidad americana, poco después resquebrajada, por desgracia, al conjuro de nuevos y extraños intereses voraces que se disputaron las recién liberadas naciones como presa o botín. Pero las consignas primordiales de esta hora son la independencia económica y la justicia social, batallas que tardan en ganarse, que siguen librándose a diario.

Hay sin embargo algo que callamos. Algo que debería retumbar en todas las conciencias y que, no obstante, se deja pasar en silencio, con inercia cómplice, como si se tratara de una cosa natural y por lo mismo irreversible. Algo que golpearía el corazón de Bolívar y Sucre, de San Martín y O'Higgins, si aún vivieran. Y ese algo, a doscientos años del nacimiento del Libertador, es una irrisión de la historia que demanda, con ronco clamor, la conjunta acción vindicativa de Hispanoamérica. Los héroes y mártires de la libertad lucharon por la soberanía política de la América antes española, por el fin del sojuzgamiento colonial, pero . . . ; aún hay colonias en América!

¿Qué decir, por ejemplo, de las islas Malvinas? Es deber de Hispanoamérica mantener su respaldo a la Argentina, en la reivindicación de esos territorios irredentos. Quede constancia, desde luego, de nuestro respeto a las

naciones europeas, en cuanto amigas y miembros de la comunidad internacional: amamos a Francia: admiramos a Inglaterra, simpatizamos con Holanda. Pero no podemos aprobar su permanencia en América como potencias coloniales. Si en Quito se alzó la primera proclama por la soberanía política de América, el 10 de agosto de 1809, es justo y necesario que entre nuestras meditaciones y propósitos, al recordar al adalid de la epopeya libertaria, no olvidemos esta dolorosa realidad: ¡hay hermanos nuestros que todavía no conocen el derecho de autogobernarse! ¡Existen colonias, cuyo sojuzgamiento está disimulado bajo apariencias de autonomía! ¡Hay americanos, en fin, que permanecen resignados a su falta de libertad política a cambio de una supuesta bonanza económica, con la que se adormece su espíritu cívico, algo así como en el triste episodio del jilguero cautivo en jaula de oro!

La Legión Británica —formada en su mayor parte por irlandeses, como el insigne O'Leary—, nos ayudó a alcanzar la libertad y merece nuestra gratitud. Pero Gran Bretaña todavía mantiene colonias en América. El territorio de Belice antes conocido como Honduras británicas —30,000 km² y 100,000 habitantes—, aunque disfrazado como nuevo Estado, sigue siendo en realidad una colonia del Reino Unido. Lo son también las islas Falkland —12,000 km² y 3,000 habitantes—, siendo ésta la denominación británica para las islas Malvinas, en el Atlántico sur, cuyo derecho corresponde a la República Argentina que con razón las sigue reclamando, no obstante la prevista derrota militar. Otras posesiones británicas han adoptado formas de gobierno aparentemente autónomo, pese a mantener nexos de dependencia política e inclusive gobernadores británicos, como por ejemplo: Barbados —430 km² y 250,000 habitantes—; Guyana —300,000 km² y 700,000 habitantes—; Jamaica —11,000 km² y 2.000,000

de almas—; Trinidad-Tobago —5,000 km² y un millón de habitantes—. Algunos de estos Estados semidependientes son hoy, inclusive, miembros de la OEA, organismo que fue prefigurado por Bolívar, es cierto, sólo que el Libertador pensaba . . . ; en una reunión de Estados en uso pleno de soberanía! Otras pequeñas islas posee el Reino Unido en calidad de semicolonias en las Antillas, como las Bahamas —11,000 km² y 300,000 habitantes—, las islas del Sotavento y las del Viento. ¡En total, S.M. la reina Isabel II de Inglaterra es soberana de 750,000 km² y de 4.500,000 personas en la libre América, sin contar los diez millones de kilómetros cuadrados del Canadá ni sus 21 millones de habitantes! Y hasta nuestra antigua Madre Patria, España, sufre como una espina en su geografía y en su historia la extraña presencia de John Bull en el Peñón de Gibraltar, para cuyo reclamo forman fila con ella sus hijas todas de América.

La Guyana francesa mide 90,000 km² y tiene 48,000 habitantes, pero Francia, cuya Revolución republicana inspiró en parte nuestra independencia, tiene no sólo esa colonia sino otras más en América: las islas Guadalupe y Martinica, en las Antillas, y San Pedro y Miquelón, junto a Terranova, con un total de 3,110 km² y 663,000 habitantes. En cuanto a los Países Bajos, son sus colonias la Guyana holandesa, o Surinam, con 163,000 km² y 380,000 habitantes, aparte de las Antillas holandesas, entre ellas Aruba y Curazao, con 1,000 km² y 218,000 habitantes.

¿Y qué decir de Puerto Rico y Cuba, mal disimuladas dependencias de los dos colosos imperialistas que hoy dominan el mundo? América de la esperanza, a 200 años de Bolívar, no sólo es, como se dice, un continente en vías de desarrollo: ¡aún es tierra en vías de liberación!

HA RENACIDO el ideal de la Comunidad Iberoamericana de Naciones, sueño de los próceres, afán de Bolívar. Avance y prospere este ideal, alentado también por las más altas figuras del pensamiento continental de habla española.

El proceso de descolonización, iniciado para nuestros pueblos por los patriotas de Quito en 1809, no culminó con la batalla de Ayacucho en 1824. Quedaron y aún quedan colonias en el mundo, inclusive en nuestra América. Pero el ideal de emancipación perduró. Renació con fuerza al finalizar la Segunda Guerra Mundial, cuando los pueblos subyugados de Asia y África sacudieron sus cadenas y entraron al concierto de pueblos libres, no sin cruentas luchas. Sólo entonces debieron comprender el genio y la grandeza de Bolívar. Tal vez ignoren que fue Quito la antorcha donde aquel genio de la raza hispanoamericana inflamó su espíritu. A nadie, entonces, cause extrañeza que los ecuatorianos apoyemos con decisión toda lucha anticolonialista, fieles a nuestras raíces y en búsqueda de un futuro de esperanza.

“Pueblos de América, favoreced nuestros designios, seamos uno . . .”, decían las proclamas de la Junta del 10 de agosto de 1809, iniciando así una corriente de unidad americanista en la que todavía soñamos: el golpe libertario de Quito tenía alcances mayores que los de un simple pronunciamiento local. Al año siguiente, los patriotas quiteños fueron masacrados, pero aquella sangre venenada —martirio por la patria y por la libertad galvanizó a la América española.

Cuando Bolívar se vio obligado a declarar la guerra a muerte, fueron los episodios de Quito su principal argumento. El 8 de junio en su célebre proclama, exclamó:

“... nos hacen una guerra impía porque les disputamos la libertad, la vida y los bienes que la clemencia del cielo nos ha dado...; han violado el sagrado derecho de gentes y de las naciones en Quito... Ellos sacrificaron en sus mazmorras a nuestros virtuosos hermanos en... Quito... y puesto que nuestros opresores nos fuerzan a una guerra moral, ellos desaparecerán de América...” En febrero 24 de 1814, en su “Manifiesto a las naciones del mundo”, añadió el Libertador: “... No hablemos de los tres siglos de ilegítima usurpación (en que se) derramó el oprobio y la calamidad sobre los numerosos pueblos de la pacífica América. En los muros sangrientos de Quito fue donde se despedazaron los derechos de la naturaleza y de las naciones. Desde aquel momento del año 1810 en que corrió la sangre de los Quiroga, Salinas, etcétera, nos armaron con la espada de las represalias...”

Así comenzó a correr generoso e inconcebible el heroico río de la libertad, pero si la acción guerrera pareció culminar, la obra de la emancipación permaneció trunca: por una parte, quedaron colonias; por otra, no se alcanzó el ideal de organizar nuestra comunidad de naciones. Bolívar lo vio con claridad. Múltiples son sus textos proféticos, que conviene recordar en estos días de dolor, cuando Iberoamérica enfrenta, casi en los albores del siglo XXI, una nueva guerra colonialista. En la proclama de noviembre 12 de 1814, el Libertador manifiesta: “Para nosotros LA PATRIA ES AMÉRICA..., nuestra enseña, la independencia y la libertad...” Y en la “Carta de Jamaica”, inmortal documento de Bolívar, dice: “Yo deseo más que otro alguno ver formarse en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riqueza que por su libertad y su gloria... Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Nuevo Mundo UNA SOLA NACIÓN con un solo círculo que ligue sus partes entre sí y

con el todo. Ya que tienen un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuera para nosotros lo que el de Corinto para los griegos . . .”

A Pueyrredón, director de las Provincias Unidas del Río de la Plata, en junio 18 de 1818, decía Bolívar: **“UNA SOLA DEBE SER LA PATRIA DE TODOS LOS AMERICANOS . . . nosotros nos apresuramos por nuestra parte con el más vivo interés a entablar el pacto americano que, formando de nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con su aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas . . .”** Y en la carta a O’Higgins, de enero 8 de 1822, Bolívar repetía su ideal: “. . . todavía nos falta el fundamento del pacto social que debe formar de este mundo **UNA NACIÓN DE REPÚBLICAS . . .** ¿Quién resistiría la América reunida de corazón, sumisa a una ley guiada por la antorcha de la libertad?”

Así fue plasmándose en el pensamiento de Bolívar la idea de convocar al Congreso Anfictiónico de Panamá. Lo hizo el 7 de diciembre de 1824. Quería “. . . una asamblea de plenipotenciarios de cada Estado que nos sirviese de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes . . .” En las instrucciones impartidas recalcó: “Es necesario que la nuestra sea **UNA SOCIEDAD DE NACIONES HERMANAS**, separadas por ahora en el ejercicio de su soberanía por el curso de los acontecimientos humanos, pero unidas, fuertes y poderosas para sostenerse contra las agresiones del poder extranjero . . .”

Aunque por entonces fracasó la organización iberoamericana, las naciones concurrentes al Congreso de Pa-

namá —¡once de los actuales Estados americanos!— se comprometieron, entre otras cosas, en célebre tratado, a constituir una fuerza terrestre y naval para “prestarse toda protección y ayuda . . . en caso de ser invadida” cualesquiera de sus partes.

En el ideal bolivariano de la Comunidad Iberoamericana de Naciones no estaban incluidos los Estados Unidos de América. Ello se desprende claramente de la alusión expresa a “una sola lengua” —la castellana— y “una sola religión —la católica—, constante en la “Carta de Jamaica”, y al hecho de que Bolívar no invitó a las antiguas colonias inglesas al Congreso de Panamá. Fue el vicepresidente Santander quien invitó, de propia iniciativa y sin consultar al Libertador, a Norteamérica, aunque ésta no concurrió. El Libertador Bolívar, Presidente de Colombia, en carta de mayo 30 de 1825, le desautorizó al punto: “Jamás seré de opinión de que convidemos a los americanos del norte para nuestros arreglos americanos.”

Urge, pues, retomar el ideal de Bolívar y propugnar la unión iberoamericana, que agrupe a nuestra comunidad de naciones, llamada a ser la rectora moral del mundo frente a los apetitos desatados de los grandes imperia-
lismos.

¿CÓMO ERA BOLÍVAR?

CUANDO BOLÍVAR llegó a Quito por primera vez, el 16 de junio de 1822, inmediatamente después de la batalla de Pichincha, usaba grandes bigotes negros y patillas que le bajaban por la cara. Así le pintó Antonio Salas en esta ciudad y luego, en Cuenca, el célebre “lluqui” Sangurima, de quien, al parecer, copió la imagen otro pintor morlaco, Manuel Ugalde. El Libertador sólo se rasuró en 1825, en Potosí, según testimonio de su edecán O’Leary,

después de por lo menos diez años de dejarse bigote y patillas a lo largo de sus principales campañas guerreras. Curiosamente la posteridad le recuerda ya rasurado, imagen que ha prevalecido. El mismo pintor quiteño Antonio Salas le volvió a retratar así en 1826 y 1829.

¿Cómo era en realidad Bolívar? Se conocen aproximadamente 300 retratos del Libertador. Don Alfredo Boulton, en Caracas, y el recién fallecido don Enrique Uribe White, en Bogotá, han recopilado en valiosos libros la iconografía de Bolívar. Entre nosotros lo hizo el diplomático venezolano don Manuel Arocha en su libro *Iconografía ecuatoriana del Libertador*, que recoge casi cien retratos. Óleos sobre tela y latón, dibujos al carbón y tinta china, grabados en láminas de cobre, bustos y estatuas en mármol y en bronce representaron a Bolívar en varios momentos de su vida. Hay también casi veinte etopeyas escritas a partir de 1813, obra de sus contemporáneos, ya se trate de fervorosos partidarios suyos, como sus fieles edecanes O'Leary y Perú de Lacroix, ya de enemigos declarados como Doucudray-Holstein y Hippisley, ingleses enrolados durante un tiempo en los ejércitos de la libertad, luego resentidos por motivos subalternos y finalmente ponzoñosos detractores.

Uribe White recopiló estos testimonios y a base de ellos formuló un cuadro comparativo. De acuerdo con tales datos el Libertador era de estatura mediana (cinco pies y seis pulgadas, es decir 1.68 m). Su cuerpo era flaco aunque proporcionado, angosto de pecho. Su cabeza, alargada, bien hecha. El pelo negro, ensortijado, con rizos que a veces le caían sobre la frente, abundante, atado hacia atrás con una cinta, canoso en sus últimos tiempos, y sólo vivió 47 años. La tez trigueña, tostada por el sol y la intemperie. Las cejas, pobladas, arqueadas, separadas entre sí por un ceño frecuentemente fruncido, más por reflexión

interior que por ira. Los ojos muy negros, vivaces, penetrantes, inquietos, de mirar magnético, dejaban adivinar a veces una melancolía profunda. La nariz larga, fina, bien delineada. La boca más bien pequeña, de labios algo arqueados, sobresaliente el inferior. Blanquísima y completa la dentadura, que cuidaba con esmero. Los pómulos, pronunciados. Chupadas las mejillas. Grandes las orejas, pero bien conformadas. La voz . . . , sobre ella difieren los cronistas: para unos, aguda aunque penetrante; para otros, áspera y gruesa; para el de más allá, ruda; pero, según todos, elocuente y expresiva, rápida en el hablar. Pequeños los pies y las manos, unas y otros casi femeninos.

Los diversos testimonios de la época nos dan a conocer detalles interesantes, olvidados por el mito, sobre la personalidad y temperamento de Bolívar. Casi todos coinciden en su intensa movilidad —ojos, manos, pies—: no podía estarse quieto. Le gustaban la equitación, la natación, la esgrima y el baile. Excelente jinete, aunque desgarrado, adoraba a los caballos y se daba tiempo para vigilar personalmente el cuidado de sus corceles preferidos. Era ambidextro y manejaba el sable con las dos manos, lo que le hacía especialmente peligroso en los combates. Era capaz de cruzar un río con las manos atadas. Resistente e infatigable en la acción, podía emplear todo el día en tareas de gabinete —dictar cartas, proclamas, decretos, ensayos—, o en marchas a pie o a caballo —sin perder su autoridad confraternizaba entonces con la tropa, que le era especialmente adicta—, e inclusive haber combatido hasta el cansancio, pero a la noche . . . podía danzar horas enteras. Para descansar y dormir prefería la hamaca. Para su sueño ligero le bastaban cuatro o cinco horas. Muy aseado, se bañaba diariamente —lo cual era excepcional en aquella época—. Pulcro y elegante en el vestir,

sus uniformes militares eran austeros; no rehuía, sin embargo, vestirse de civil y gustaba entonces de la capa española. No fumaba ni permitía fumar en su presencia; no bebía, salvo breves copas de vino y champaña en la cena; le gustaba dar grandes banquetes y, aunque no desdeñaba la buena cocina, era parco en el comer, prefería los platos criollos y sencillos, y si le daban a escoger entre las arepas y el pan, él, como buen caraqueño, prefería las primeras; le encantaba el ají y hacía uso de él en abundancia; comía más legumbres que carne y sabía preparar personalmente espléndidas ensaladas, a la manera francesa. Generoso con lo suyo, hasta rayar en prodigalidad y morir en la pobreza no obstante haber sido acaudalado, era escrupuloso y hasta cicatero en el gasto de los fondos públicos. Detestaba a los borrachos, tahúres, mentirosos, charlatanes y maleducados. Muy galante con las mujeres, sobre las que ejercía extraña fascinación, jamás habló mal de ninguna, ni se jactó de sus frecuentes, casi diarias conquistas, ni reveló sus nombres. Sólo ante tres de ellas se rindió: ante su mujer, Teresita de Toro, a la que amó entrañablemente y que le dejó prematuramente viudo; ante su “prima” de París, Fanny de Villars, a la que recordó siempre, y ante Manuelita Sáenz, la quiteña “Libertadora del Libertador”, que le acompañó los últimos ocho años. Todos los demás fueron amores pasajeros. No dejó descendencia reconocida, aunque hay indicios de que sí la tuvo.

En las reuniones era afable, alegre, de buen humor y, si era necesario, hasta irónico. Le encantaba formular brindis y a veces, al hacerlo, buscaba sobresalir en estatura encaramándose en una silla, o en la misma mesa. Enérgico en el mando, no vaciló en decretar la “Guerra a muerte” y en aplicar las ejecuciones sentenciadas por consejos de guerra, aunque conmutó la dictada contra el

general Santander, autor intelectual de la noche septembrina. Era terrible en la cólera pero no rencoroso. O'Leary recuerda que los enemigos de Bolívar decían que "es más temible derrotado que vencedor". Memoria feliz, conocía por sus nombres a oficiales y soldados y rara vez olvidaba facciones y apellidos de quienes le eran presentados. Al dirigirse a sus interlocutores les miraba con fijeza y más de uno supo recordar su mirada eléctrica; al oírles, solía cruzar los brazos y bajar los ojos como si estuviera meditando.

Escribía con elegancia en correctísimo castellano, de rico vocabulario, con estilo propio altamente literario. Su cultura era universal. Lector voraz, conocía los clásicos griegos y latinos, sobre todo Plutarco; los autores españoles y franceses de los Siglos de Oro, y los principales filósofos de la Ilustración, en especial Rousseau. Dominaba el francés; leía y aun hablaba en inglés; chapurreaba el italiano.

Intrépido, resuelto, entusiasta, asombrosamente perseverante, estoico ante las adversidades, enemigo de la lisonja, ajeno al afán de lucro, desinteresado, estaba convencido de su misión, era orgulloso, ambicionaba el poder y la gloria. Su sola presencia, muy militar, imponía respeto.

AMAR A BOLÍVAR ES LUCHAR
POR LA UNIDAD DE IBEROAMÉRICA

COMO ECUATORIANO aprendí desde niño a amar a Venezuela. Conocí a Bolívar desde las tradiciones familiares y los estudios de primeras letras: me enorgullece saber que entre los míos hubo quienes, en vida del héroe se reputaron partidarios suyos y suscribieron la célebre carta con que los padres de familia de Quito le llamaban a hacerse fuerte en el Chimborazo contra sus adversarios de la

época. “Prócer de la lealtad a Bolívar” definió al Ecuador el Presidente de Venezuela, general López Contreras. Cuando años más tarde visitó Quito el general don Isaías Medina Angarita, salimos los estudiantes a recibirle con júbilo y al saludarle al paso con banderas y vivas, a Bolívar vivábamos y con él a Venezuela. Hombre ya, mi admiración por el Libertador se ha vigorizado y aumenta de día en día. No hace mucho, otra vez, en unión de mis compatriotas, vivamos a Venezuela y a Bolívar con ocasión de la visita del Presidente Caldera. Sin distingos de ideología les volvimos a vivir cuando fue el Presidente Carlos Andrés Pérez el que nos visitaba. Y luego, nuevamente, con motivo de la cita de presidentes del Pacto Andino por el sesquicentenario de la primera Constitución ecuatoriana, sancionada en Riobamba por el general Juan José Flores, hijo del pueblo de Venezuela y primer Presidente del Ecuador, hemos demostrado una vez más, al aplaudir la presencia del Presidente Herrera Campins, nuestro amor a Venezuela.

¿Qué mostos especiales, qué singulares licores de su suelo, qué savias alquitaradas de su tierra, qué alquimia secreta y poderosa hizo posible, me he preguntado más de una vez, que en aquella tierra bendita se haya producido a comienzos del siglo XIX esa floración excepcional de adalides, esa pléyade fulgurante de luminarias que contribuyó, como ninguna otra generación, a cambiar el curso de la historia de América y aun del mundo? ¿Cómo explicar que Venezuela haya dado a un tiempo mismo, sin desintegrarse por el prodigio, un Miranda y un Bello y un Rodríguez y un Sucre y un Bolívar?

¡Precursor visionario, mártir de sus ideas, agonizante en su prisión de la Carraca, ya desmadejado el cuerpo pero con el espíritu enhiesto, soñando en su continente colombino ya libre y en su tricolor optimista y hermoso,

imaginemos a Miranda tal como se lo ve en aquel óleo de Maury que engalana la sala de sesiones de la Academia Venezolana de la Historia! ¿Y no sentía, acaso, la armoniosa y acompasada presencia de Andrés Bello, maestro, jurista y poeta de la nueva América? ¡Escuchad, también, el infatigable trajinar de Simón Rodríguez, Robinson, o Carreño, o como quiera que haya podido llamarse, adelantado a su tiempo, mitad *sans culotte* andante y mitad sembrador de luces, especie de Doctor Fausto y de Ashaverus criollo, cuya obra se mide por la de su mejor discípulo!

¿Y qué decir de Sucre? ¡Caballero del honor y el heroísmo, de la limpieza del alma, la pulcritud y la lealtad; el mayor entre los generales de su época, a decir del Libertador, con la añadidura de que sólo esgrimió su espada en batallas de libertad; diplomático iluminado, matemático y jurista a la par; “precursor del Derecho Internacional Humanitario”, según me ha sido honroso proclamarle hace pocos días en el XV Congreso Mundial de Historia, en Bucarest!

¡Mencionemos a Bolívar, en fin, para culminar esta galáctica enumeración, puesto que es el hombre que compendia y sublimiza, ya no sólo los mostos y las savias y los licores y las alquimias de Venezuela, sino los de la América toda, que tal varón produjo!

En la larga lista de guerreros en la historia humana, se ha dicho, pocos son los que alcanzaron, a la vez, a triunfar y ser famosos y a legislar, es decir, a ser padres de pueblos: ¡Alejandro, Julio César, Carlomagno, Carlos V, Napoleón! Bolívar los supera, pues no guerreó para conquistar o acrecentar una corona, que por lo demás rehusó cuando le fue ofrecida: él fue “Libertador” por antonomasia. Con él se hombrean, como dijera mi compatriota Montalvo, “los héroes de la emancipación de la raza

hispanoamericana”, en especial San Martín y O’Higgins, y además Washington allende el Río Grande. Recordemos que con “el santo de la espada” se reunió en Guayaquil: ¡aquel abrazo de colosos debió despedir irradiaciones cósmicas, pues sus destellos aún fulguran, anticipo del poderío que alcanzarían nuestras patrias de Iberoamérica si lograran integrarse y pusieran fin a la dispersión y las discordias! Sea de ello lo que fuere, Bolívar supera a todos sus congéneres en la explícita claridad de sus geniales concepciones y en su visión iluminada: universalistas en el espacio, lanzadas al futuro en el tiempo. Todo en Venezuela, en la antigua Gran Colombia, en la patria iberoamericana común, aclama y clama y proclama más que al Bolívar militar y guerrero al Bolívar civil y civilizador, felizmente representado en óleos de los venezolanos Tito Salas y Cardenal Quinteros, el colombiano José María Espinosa, el francés Raoulin, el italiano Meucci y, últimamente, el ecuatoriano Carlos Rodríguez.

¿Y no es acaso similar el ideal de unidad y cooperación iberoamericana, de democracia, libertad y paz, que alientan ahora mismo los exponentes de otra generación venezolana ejemplar, también de valiosa influencia no sólo en su patria sino en el Continente, la de Rómulo Betancourt, Rafael Caldera y Arturo Uslar Pietri?

¡Todo nos lleva a pensar en el mañana! No es verdad que la historia se explique por la sola necesidad de comprender el pasado: se explica por el imperativo de conquistar el futuro. Más que punto de llegada, la historia es punto de partida. Mejor dicho, es apenas un hito en el camino, no para detenerse y reposar, sino para cobrar aliento y volver a lanzarse a la marcha. Es un instante de reflexión en la incesante caravana colectiva de la evolución, para ir “siempre más adelante, siempre más arriba”. Nos ha tocado vivir un momento dramático de los tiem-

pos. Quizá nunca como hoy el ser humano se ha visto más expuesto a todos los peligros, inclusive el de la autodestrucción total, pero a la vez más abierto a todas las posibilidades de nuevas y esplendorosas victorias sobre todos los desafíos. La historia es el hito que separa la experiencia de la esperanza.

Cuando Bolívar recordaba, por ejemplo, en reiterados textos sus mensajes y cartas, la influencia que en su corazón e inteligencia habían ejercido los acontecimientos de 1809 y 1810 en Quito, estaba dando acatamiento a la historia, pero con miras a la acción por venir. Y en nuestra época, si examinamos huellas pretéritas, de los siglos aborígenes o de la Edad Hispánica, no lo hacemos para adormecernos en la contemplación entre novelesca y nostálgica de un pasado ya ido y superado, y menos para ponernos frenéticos con las conclusiones de una visión unilateral puramente materialista que conduce inexorablemente a la destrucción de la libertad y vuelve al hombre áptero y ciego como las termitas y los topos, afanados ciertamente en construir . . . pero nada más que engañadores túneles y galerías sin fines y sin fin. Debemos preferir estudiarlas para sentar bases realistas en la construcción de un futuro de luz, sin renegar de nuestras raíces ni abjurar de nuestro derecho a edificar nuestras patrias y, con ellas, nuestra propia comunidad de naciones, lo que exige nuestra comunidad de cultura.

Somos testigos y hay quienes desean que seamos actores en la desoladora lucha de ideologías materialistas que contempla el mundo; y hay algunos que, por oponerse al materialismo capitalista, buscan apenas cambiar de acreedor hipotecario sustituyendo la dependencia que subyuga a sus pueblos por otra dependencia, esta vez al acreedor colectivista.

La historia nos enseña que tenemos todo para liberar-

nos del uno sin caer bajo la férula del otro. La historia nos exige que construyamos nuestra *propia comunidad nacional*: aquella en la que soñaron: Miranda, Bello, Rodríguez y Sucre, pero en especial Bolívar. Y junto con ellos San Martín, Hidalgo, Morelos y cien próceres del pensamiento y la libertad hispanoamericana, hasta Martí y Albizu Campos, los últimos libertadores: la Comunidad Iberoamericana de Naciones. Si olvidamos esta consigna, todo será baldío e inútil. Continuarán dependencias, alienaciones, desuniones —¡ los Estados Desunidos del Sur!—, deserciones —Puerto Rico pasará a ser una estrella más de la bandera norteamericana ¡ay!, ¿y no hemos de decir nada?

Nos corresponde, en verdad, frente al recíproco desafío de los materialismos, representar en este planeta conculso el “poder moral” en que pensaba Bolívar, para devolver al hombre su ruta y su destino. Sea nuestra voz la del espíritu: retomemos la corriente diáfana de hontanares clásicos, las denuncias proféticas de los evangelizadores y mártires, las orientaciones —ya conciliadas— de agustinianos y tomistas, las utopías del Renacimiento en parte ya hechas realidades, lo mejor del moderno humanismo, las admoniciones de los nuevos augures del pensamiento de Occidente, sin olvidar a Theilard de Chardin, las declaraciones y definiciones del último Concilio y los nuevos sínodos, las agónicas encíclicas de los pontífices contemporáneos y los sueños de nuestros libertadores y comprendamos de una vez por todas que el hombre no se hizo para el lucro, el hedonismo, la violencia sino para el vuelo de la inteligencia y la cultura, las excelencias de la dignidad de la persona, las realizaciones del derecho y la plenitud de la justicia y la paz. Tenemos que proclamar con acento fuerte la subordinación de la materia, el ensueño del ideal, la prioridad de espíritu.

Y eso, sólo Iberoamérica lo puede hacer. Andan todavía en acción los manes de nuestros libertadores. No, no han muerto. Nos vigilan y llaman. Recorren inconformes los antiguos campos de batalla. Van y vienen, impulsándonos, exigiéndonos, imprecándonos, estimulándonos. ¿Seremos sordos, necios, renuentes a sus voces ultraterrenas, siempre presentes? Cada retrato de los próceres, cada bandera, cada panoplia en cuarteles y museos, cada escudo de nuestras provincias y Estados, cada monumento o estatua, es un llamamiento. Cada una de sus tumbas a pesar de su sagrado silencio es un reclamo. ¿Permitiremos que el planeta Tierra sea destruido, que la especie hombre se extinga, que el mañana deje de ser esperanza porque el hoy ya nada significa para nadie y el ayer sea, apenas, una polvareda selenita de siglos?

LIBERTADOR DE NACIONES

¡QUÉ GLORIA, la de Bolívar! Libertador de naciones; precursor de la unidad continental; adelantado en ideas y doctrinas al tiempo en que vivió; el más moderno de los americanos, inclusive ahora, no obstante haber nacido en pleno siglo XVIII; figura humana excelsa, en una época en la cual los derechos del hombre apenas si habían sido enunciados y la esclavitud seguía siendo signo de los tiempos; caudillo civil ejemplar, habiendo sido guerrero; caudillo militar, sin perjuicio de ser, ante todo, un auténtico hombre civil; demócrata por esencia, pese a haber nacido aristócrata; amigo de la paz constructora y fundamental, sin embargo de su agitada vida de combatiente; nombre, el suyo, de resonancias universales, no obstante haber vivido en un periodo de particularismos localistas; rico al nacer, y pobre —sublimemente pobre— al morir, modelo

de gobernantes, de legisladores, de políticos; visionario; Quijote; semidiós; ¡Titán!

En verdad, ¡cuán excelsa la gloria de Bolívar! Y cómo me place recordarla en el bicentenario de su nacimiento. Su escenario fue esta América nuestra; desde el Ávila hasta el Potosí; desde el Orinoco hasta el Apurímac; desde Maracaibo al Titicaca; de Carabobo a Junín y Ayacucho, pasando por Boyacá y Pichincha, figura continental epónima, libertador por antonomasia, su patria fue la América entera, que él hubiera querido se llamase Colombia, para corregir así el error histórico que encierra en su nombre nuestro mundo.

Y es justo que tal figura tuviera horizontes tan amplios: su alma era demasiado grande: ¡soñaba con una América entera, sin fracciones, sin recelos, sin injusticias ni amenazas! Por eso, ¡cómo en cada uno de nuestros países se siente la figura de Bolívar, se vive a su sombra, y las máximas justas de fraternidad continental se realizan bajo la luminosa enseña de su nombre y empiezan con las oraciones más encendidas a su recuerdo! ¡Oíd, si no, los discursos de nuestras reuniones interamericanas; mirad, si no, sus retratos engalanando nuestras tribunas y sus estatuas honrando nuestras ciudades!

Esforzaos en huir de él: ¡en vano!: por todas partes le hallaréis, con su rostro magro y escueto, con su postura castrense inigualada —tan lejana de las poses napoleónicas—, austera y ágil como la de un héroe homérico, apuesta, delgadísima, como recordándonos que sus ideales eran tan altos que se le hacía duro permanecer en tierra, y que quería estilizarse, deshacerse casi, volverse mito y volar: volar con sus sueños gigantes de profeta, con sus ímpetus de idealista, con sus volcánicos empujes de guerrero, ¡con sus alas de cóndor, con su talento sin par!

Y si nos alejásemos de él —en alguna hora turbia de confusión—, volviéramos tarde o temprano, hijos pródigos al Padre de la Libertad, porque un paso así no encontraría ningún eco en el corazón siempre fiel de las multitudes, que saben esperar y ser pacientes, pero que no olvidan las decisiones tomadas a sus espaldas, y que conocen mejor que nadie el destino de los pueblos, porque tienen un instinto profundo para leer la brújula invisible que regula su marcha hacia el progreso.

Ninguno de nuestros países puede olvidar la figura del Libertador. ¡Menos aún podemos prescindir de su doctrina! Sus ideales serán siempre para todos nosotros, anhelada meta, cada vez más próxima y, sin embargo, nunca o difícilmente alcanzada. Y no porque sean utopías, cuanto porque la propia incuria de nuestro carácter latinoamericano nos ha retrasado en su conquista.

Más que guerrero y militar él fue un estadista, un hombre de mentalidad civil, que si usó de la espada lo hizo solamente para conseguir la libertad de América, posponiendo sus glorias militares al deseo de hacer un mundo libre, pleno de garantías civiles, democrático, progresista, justo y pacífico; y al afán de forjar una América unida, como la vislumbró ya en su Congreso de Panamá, cita generatriz de la unidad continental, o en su celebérrima Carta de Jamaica, donde se hallan las bases de la cooperación interamericana y de futuros objetivos por los que aún tenemos que luchar.

En cada una de nuestras ciudades debería haber, como en Roma, un Monte Sacro, a donde deberíamos subir todos los ciudadanos, a prometer, tal como lo hiciera un día Bolívar, no dar descanso a nuestros brazos ni reposo a nuestros espíritus mientras no se terminen en América, definitivamente, la injusticia, la opresión, la esclavitud y la anarquía. Y porque las palabras postreras de Bolívar:

“¡He arado en el mar!”, son un latigazo permanente en nuestra conciencia de hombres de América, que algún día podamos —firmes ante el Libertador como quien da el parte de una consigna cumplida— exponerle los resultados de nuestro juramento:

“¡No, no fue estéril tu obra, Libertador Bolívar; seguimos aún en pie, cumpliendo tus mandatos; no has arado, señor, en el océano, ni has construido castillos frágiles en el viento; América es un continente sin esclavos, donde reina la libertad, donde la justicia tiene un trono permanente, donde todas las naciones son iguales; se han desterrado para siempre los odios, las amenazas, el uso y el abuso de la fuerza, porque ésta sólo sirve para respaldar el imperio de las leyes; entre nosotros se respeta al débil y al pequeño se le garantiza la supervivencia; hemos logrado que resplandezca la justicia social y la internacional; se ha terminado con la anarquía disolvente, con el terrorismo y con las tiranías asfixiantes que tú tanto anatematizaste; hay solamente democracia esencial, progreso sin límites, recuerdo a tu memoria excelsa y a la de nuestros próceres, fraternidad absoluta, amor entre los hombres y los pueblos, paz!”